

AC 01 144

Escuchan las emisiones de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. A partir de ahora, da comienzo el curso de acceso para mayores de 25 años. A partir de este momento, el habitual tiempo del curso de acceso ocupará los últimos minutos de nuestra programación con un estudio sobre el novecentismo.

Vicente Granados Palomares, profesor de lenguaje de este curso de acceso, es el autor del espacio sobre el movimiento literario novecentista que escuchamos a continuación. Se da el nombre de novecentismo a un movimiento o agrupación generacional y estética que sirvió de puente y vino a clarificar un poco el panorama literario entre los periodos marcados por la generación del 98 y la generación del 27. Al mismo tiempo, el novecentismo contagia o modifica la obra de algunos noventayochistas y la de algunos poetas del 27.

La agrupación literaria novecentista se extiende aproximadamente entre los años 1906 y 1926. Destacan las figuras de Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Ramón Gómez de la Serna, Manuela Zaña, Madariaga y Araquistain. Nuestro programa de hoy va a estar dividido en dos partes.

La primera dedicada a la figura de Ramón Pérez de Ayala. En la segunda parte nos ocuparemos de Gabriel Miró. En ambos casos, el autor de los contenidos es el profesor de lenguaje Vicente Granados Palomares.

Ramón Pérez de Ayala nace el mismo año que Juan Ramón Jiménez, 1881. Ambos están presentes en los orígenes del modernismo español. Pérez de Ayala interviene en la revista Helios, clave en el modernismo.

Es contrario a la poesía burguesa de la restauración. El paisaje poético de Pérez de Ayala es simbólico. Recibe la influencia de los simbolistas franceses y de Fray Luis de León.

Sin embargo, la obra de Pérez de Ayala es polifacética. Una de las causas es que recibió una educación cosmopolita. Viajó por casi todos los países europeos y Estados Unidos.

Visitó los campos de batalla durante la Primera Guerra Mundial. Participó activamente en política y fue embajador de la República Española en Londres. Después de la Guerra Civil, residió muchos años en Argentina.

Pérez de Ayala no sólo es poeta y novelista, sino autor de ensayos muy importantes. Entre ellos, y de 1917 al 1919, Las Máscaras, ensayos sobre el drama, autores dramáticos y teoría de la tragedia. Los novecentistas estaban interesados en la investigación dramática y Ortega pronunció en 1946, en Lisboa, unas originales conferencias que luego fueron recogidas en su libro Idea del Teatro.

Pérez de Ayala siente la preocupación de la organización de la sociedad española. Fruto de esa preocupación es Política y Toros. El título ya es significativo.

Las corridas de entonces eran el escape de la no participación política. El libro fue publicado al final de la segunda década del siglo, casi simultáneamente con España invertebrada, de Ortega y con los artículos de Azaña sobre el problema español. Política y Toros es el reflejo del fracaso del régimen nacido con la restauración borbónica en 1875.

No olvidemos que en 1913 se había creado la Liga para la Educación Política Española, que agrupaba a buena parte de los novecentistas. En Política y Toros, Pérez de Ayala recoge algunos artículos escritos para la prensa de Buenos Aires con motivo de la crisis político-social de 1917. Sin embargo, el pensamiento político de Pérez de Ayala no es tan pesimista como el de Ortega.

El primero piensa que hay un sustrato racial positivo en España al que se ha superpuesto una capa notable de cretinismo a la que la restauración no es ajena. La novela es lo más importante en la obra de Pérez de Ayala. Tinieblas en las cumbres, de 1907, es la historia un tanto esquemática e ingenua del libertinaje.

La Pata de la Raposa, 1912, es continuación de la anterior. Pero en 1910 había publicado una de sus novelas más célebres por controvertida, A.M.D.G. En A.M.D.G., cuenta la vida en un colegio de jesuitas de los que Pérez de Ayala había sido alumno. Andrés Amorós, uno de los estudiosos más profundos de la producción de Pérez de Ayala, nos dice El niño Ramón Pérez de Ayala lo pasó muy mal en el internado de los jesuitas.

Recordemos sólo unas frases en que pinta con muy vivos colores esta experiencia infantil. Era el instante del vacío de la noche, y la noche era el vacío del mundo. Añade Amorós, no hace falta ser muy psicólogo para comprender la huella que estos sufrimientos infantiles dejarán en el alma del futuro escritor.

En efecto, la educación jesuítica marcó para siempre su espíritu para lo bueno y para lo malo. Por una parte, los jesuitas le proporcionarán una sólida base humanística con lo que se singulariza respecto de lo que es habitual en el novelista español de todas las épocas. Valera y Unamuno son ejemplos relativamente semejantes.

Pérez de Ayala poseía una seria formación clásica. La lectura de los clásicos griegos y latinos en su lengua original constituía uno de sus mayores placeres hasta el final de sus días. No cabe duda de que esta formación clásica repercutirá sobre todos sus escritos y en concreto dará a sus novelas una complejidad intelectual que las hace no muy aptas para la gran masa.

Por otra parte, la educación jesuítica coincide con o provoca una seria crisis religiosa. A un periodista que le pregunta si tiene fe, contesta el escritor con un laconismo implacable. No, he estudiado con los jesuitas.

Año 1913. Pérez de Ayala publica otra novela, Troteras y Danzaderas, que es el cuadro del Madrid bohemio, irresponsable y picaresco. Troteras y Danzaderas representa la herencia que Pérez de Ayala ha recibido del noventaiochismo, esto es, la preocupación por los problemas de

España.

El amargo final de la obra es este, Troteras y Danzaderas. Eso es lo que ha producido España. Hasta 1914, la ideología de Pérez de Ayala coincide en líneas generales con el 98.

Sus recuerdos de la infancia estaban llenos de pánico a la muerte. En su juventud, la influencia de Schopenhauer lo inclinó al pesimismo. Alberto Díaz de Guzmán, protagonista de las novelas citadas, es el típico héroe de la generación del 98.

En torno a él se desarrolla la vida. Muchos años después, el autor escribiría que en ellas intentó reflejar y analizar la crisis de la conciencia hispánica, tema característico del 98. Su trilogía Prometeo, Luz de Domingo y La caída de los limones, publicadas en 1916 bajo el subtítulo Novelas poemáticas de la vida española, marca un periodo intermedio en su producción.

Si la vida era el centro de interés de sus primeras obras, las alusiones literarias determinan la estructura de las historias de las novelas poemáticas. En Prometeo se sitúa a Homero en el ambiente moderno español. El lector conoce la historia que el novelista va a contar y la sorpresa, pues, se apoya en el contraste entre el mundo inocente antiguo y el desagrado por la actualidad.

Algo análogo sucede con Luz de Domingo, en la que las hijas del Cid no conocen ya el castigo a sus violadores. Belarmino y Apolonio, publicada en 1921, inaugura la serie que se ha dado en llamar Novelas intelectuales. Casi carece de acción, pero la construcción de la obra es complicadísima.

Hechos idénticos son contados no sólo con doble perspectiva por los dos zapateros, sino con distintos enfoques y diversas situaciones temporales. Las distintas personas de la obra designan con nombres distintos a los diferentes personajes. La novela está contada por dos, el narrador y el protagonista.

El primero actúa con objetividad y el segundo, como es lógico, con apasionamiento por estar personalmente comprometido con los hechos. Luna de Miel, Luna de Hiel y su continuación, Los trabajos de Urbano y Simona, aparecen en 1923 y pertenecen a la etapa inaugurada por Belarmino y Apolonio. El objetivo inmediato de ambas es la educación sexual, estudiando las relaciones entre el amor y el sexo.

Los personajes son simbólicos y abundan las citas literarias. En ambas está presente el Cervantes de Los trabajos de Persiles y Segismunda. Tigre Juan, de 1926, quizá su mejor obra, y su continuación, El curandero de su honra, nos presentan al personaje más logrado de Pérez de Ayala.

Tigre es, como señala Eugenio de Nora, el prototipo de español inflexible y calderoniano en cuestión de honra, por la que llega, si lo cree necesario, al asesinato. La experiencia lo vuelve misógino, pero en su madurez se convierte en el varón perfecto. Tigre Juan y su continuación, marcan el final de la producción novelística de Pérez de Ayala en el momento en que había

llegado a su cumbre y sólo tenía 46 años.

Sobre Pérez de Ayala, uno de los mejores novelistas de nuestro siglo, pesa la lápida del intelectualismo novelístico. Sin embargo, esto es un tópico que conviene desterrar. Es cierto que en ocasiones lo conceptual es excesivo, pero lo es también que su humor, su melancolía, su capacidad de observación del paisaje, la ternura, su investigación sobre lo humano, despejan a esos personajes demasiado arquetípicos para darles nueva vida.

Quizá en este novelista tan intelectual se puede reconstruir mejor que en muchos realistas la vida social de España en sus dos primeras décadas. Las renovaciones que introduce, su afán de ruptura con el realismo lineal, sus aportaciones estilísticas, lo convierten en una de las figuras más representativas de la vanguardia novecentista. Después de este rápido recorrido por la obra de Ramón Pérez de Ayala, del que es autor Vicente Granados Palomares, vamos a ocuparnos ahora de otro autor novecentista destacado, Gabriel Miró.

El autor de estos comentarios es también Vicente Granados. España no era problema para Miró. Él mismo dijo, quizá por la palabra se mediese la plenitud de la contemplación.

Su obsesión era lograr la belleza en su obra. Por eso no extraña que en sus cuentos y novelas predomine la descripción sobre la narración. A Miró, según esta perspectiva, le interesa más el ambiente que la acción.

Es pues antípoda respecto a varios miembros del 98. En cualquier caso, no se puede olvidar que hacia 1914 aparece un grupo de escritores con planteamientos diferentes a los noventayochistas y que se han denominado generación del 900 y de 1914. Los novecentistas son decididamente europeizantes y abandonan el castellanismo anterior.

Ponen además un cuidado especial en la elaboración del estilo. Se caracterizan también por su exquisita formación. Muchos de sus miembros participaron brillantemente en política.

Algunos llegaron a desempeñar ministerios durante la II República, como Manuel Azaña o Salvador de Madariaga. El primero fue presidente de la República durante la Guerra Civil. El periódico El Sol, dirigido por Ortega, publicó el 10 de febrero de 1931 el célebre manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República, firmado por Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala y Ortega.

Este último había publicado hacía pocos meses el artículo El Error Berenguer, en el que se oponía definitivamente a la monarquía. Sí, pero los puntos que ha señalado en algunos novecentistas no suponen una ruptura con los noventayochistas. El paisaje castellano, por ejemplo, inspira páginas espléndidas de El Jardín de los Frailes, de Azaña, que es otro novecentista olvidado, como Eugenio Dors.

El punto que separa claramente a noventayochistas y a novecentistas es la devoción por la cultura europea que sintieron especialmente los últimos. Además, el concepto generación es más que discutible. E incluso aceptándolo, podemos homologar generacionalmente a Ramón

Gómez de la Serna con Gabriel Miró o a Pérez de Ayala con Azaña.

Yo creo que la respuesta es negativa. En el caso de Miró, es necesario insistir en el cuidado con que el escritor alicantino cultiva su prosa. Por eso, Jorge Guillén, al escribir uno de los mejores estudios que se han publicado sobre Gabriel Miró, lo titula Lenguaje suficiente.

Ahí escribe Guillén. Muchos poetas hay, tal vez la mayoría, que ven en su idioma el mejor amigo. Así, por ejemplo, Góngora.

Sin una gran fe en las palabras, no las habría buscado y elegido con tanto fervor. Nadie gana en ese fervor y en esa fe entre los españoles modernos a un admirable lírico, el novelista Gabriel Miró. También ha observado Guillén que todo Miró está en esa insistencia con que usa pronunciación junto a revelación.

El sonido inteligible es descubrimiento a la vez que forma, descubrimiento de mundo a través de forma verbal. Es Miró quien escribe alegría de la revelación y de la pronunciación de la palabra pueblo. Igual da si pronunciara sombra, jabea, etc.

No nos confundamos. La palabra no sería deliciosa si no significase una calidad. Vemos que Miró no es un palabrista, sino un escritor que descubre en las palabras sus sensaciones ocultas.

Por eso el ritmo de sus novelas y cuentos es lento. A Miró no le interesa la acción, sino el descubrimiento. Oigamos unos retratos que pertenecen a una de sus obras más célebres, Figuras de la pasión del Señor.

María hilaba a la sombra de la vida. Cleofás, sentado en el peldaño, colgándole por la rodilla sus puños de labrador, miraba a sus hijos Simón y José que vinaban la tierra cansada. Y los cuerpos doblados a la mancera de olivo y los bueyes tardos, rojos, peludos pasaban y volvían sobre el fondo azul y encendido de sol de las aguas de Genezaret.

María era menuda y graciosa. Llevaba una túnica ondulante y rubia como el trigo maduro y sandalias de piel de oveja cosidas por Cleofás, que ya llegaba a la senectud. Y su carne de sarmientos resaltaba entre el lino de su sallal que le tejó la esposa y de sus barbas de patriarca.

Callada o conversando, trajinera o embelesada, María siempre estaba sonriendo. Su boca, húmeda y casta, sembraba en todo instante que hubiese acabado de exprimir la miel de sus uvas o de beber del agua de su aljibe, blanco como un cordero. Y en sus ojos, del negro ratercio pelado de sus trenzas, siempre moraba una luz de lejanía.

Y el esposo suspiraba mirándolos. Con qué placer Evoca Miró su paisaje levantino. La palestina de sus obras es el reflejo de su levante natal.

De su levante y de sus ocupaciones. Aunque Miró estudió en el colegio de la Compañía de Jesús en Orihuela, la oleza de sus obras, trabajó en una enciclopedia sagrada. En el colegio de la

Compañía de Jesús todo esto influyó poderosamente en su producción.

Quizá por todo ello, el paisaje de Miró no es ni abstracto ni apersonal. Miró se apropia de su paisaje levantino y en este objetivismo aparente late una gran tristeza por abandonarlo. Le duele que el paisaje haya de seguir sin nuestra emoción, sin nuestros ojos, sin nosotros.

Consecuentemente, se apodera de ese mundo inmediato con sus cinco sentidos. Miró no es un colorista, como se ha afirmado inconsecuentemente. Por eso observa Jorge Guillén.

Quizás el olfato intervenga aún más finamente. Los olores se huelen tanto como se imaginan y llegan a oler hasta el alma y la abstracción. No nos extraña oír a un personaje de Miró afirmar que es la felicidad la que tiene su olor.

Olor del mes de junio. Miró sabe también que el hombre deja de ser niño cuando empieza a recordar. El niño vive y juega, pero no recuerda.

Esto es propio del adulto. He aquí el sutilísimo drama de Gabriel Miró. El tiempo está casi tan presente en su obra como el espacio.

Se ha hablado mucho del espacio mironiano. Su levante natal transfigurado en Palestina, no sólo la Palestina que él aprendió en su trabajo en la enciclopedia sagrada, sino la que el niño Gabriel Miró se formó en su imaginación a través de las narraciones que su madre le hacía de la pasión del Señor. Eso está muy claro en la obra de Miró.

El espacio no existe como tal fuera del hombre. Le pertenece. Y más si ese hombre es un escritor.

Miró descubre el espacio a través de las sensaciones, y éstas le llevan al recuerdo. El caso es análogo al de Marcel Proust. El levantino ve a través del humo dormido, título de una de sus mejores obras, y el francés intenta recobrar el tiempo perdido.

Para ambos, el recuerdo es en ocasiones la única forma de contemplar exactamente las sensaciones pasadas. Miró afirma que hay episodios y zonas de nuestra vida que no se ven del todo hasta que los revivimos y contemplamos por el recuerdo. El recuerdo les aplica la plenitud de la conciencia.

De forma análoga, Proust evoca repentinamente el pasado al mojar la magdalena en el té. Olor y sabor le devuelven a la infancia. Ahí terminan las analogías entre los dos genios.

Miró necesita la creación de un personaje que sea su alter ego. Lo bautiza con el nombre de Sigüenza. Sigüenza es un hidalgo rural humildísimo que aparece en Delvivir, publicado en 1904, en El libro de Sigüenza, de 1928, y en Glosas de Sigüenza, entre otros.

Las cerezas del cementerio, 1910, es la primera novela de Miró. El tema, pero no sólo él, pasión amorosa entre un joven y una mujer mayor, nos recuerda al Valle Inclán de las Sonatas. Pero Miró alcanza su madurez con Nuestro padre San Daniel, 1921, y El obispo leproso, publicado en

1926.

Sin embargo, cuando aparece El obispo leproso, Ortega y Gasset le dedican un ensayo en el que afirma que Miró es un formalista puro, cuyo culto por la belleza le impulsa a excluir de su obra la acción, las ideas y las emociones que la mayoría de lectores espera encontrar en la narrativa. Esta afirmación tan vaga ha tardado mucho tiempo en morir. Cosas análogas se han escrito sobre Nuestro padre San Daniel, de la que El obispo leproso es la continuación.

Lo que sí es cierto es que ambas novelas rompen con la estructura tradicional. Se ha hablado mucho del lirismo mironiano, pero poco de sus novedades técnicas. Miró, además, no se dedica a cantar sin más el tiempo pasado, sino que une a ello un fino espíritu crítico y capacidad de observación.

Aunque ambas obras tengan un fondo religioso, no son de tesis religiosa. La lepra del obispo puede ser simbólica. Uno de los personajes se dirige así al obispo.

¿Y es lepra? ¿Lepra de verdad lo que aflige a su ilustrísima? Y dicen que por los pecados de la diócesis. La lepra es el terrible contrapunto al júbilo del obispo, pero la enfermedad nunca llega a afectar su alma. Y al soportarla con entereza, le es posible dar a Oleza y a sus habitantes una madurez y una serenidad civilizadas de las que antes carecían.

Pero donde se expresan con mayor intensidad los recuerdos de Miró es en sus relatos breves, como los que dedica a Sigüenza, especialmente a Años y Leguas, de 1928, donde termina Y aquí dejaré a Sigüenza quizá para siempre. Conviene dejarlo antes de que se quede sin juventud, porque sin un poco de juventud no es posible Sigüenza. Afortunadamente, Miró no cumplió.

Pero volvamos a ese fresco admirable donde resucita a Palestina. Una Palestina que es su levante natal y que da como resultado figuras de la pasión del Señor, libro publicado entre 1916 y 1917. Oigamos una descripción.

Pasaba José por sus maizales recién regados que oprimían la senda. Todo verdor tierno, movido mansamente sobre el azul. Después, el muro de frescura se abría en planteles de centeno, de sésamo y cártamo en alcacer.

Relumbraba el alboroto de las acequias y salía el agua en láminas de sol derretido, anegando los fríjoles que se suben a sus horquillas, ciñendo los troncos desnudos de las escalonas y coles que crecen libres, recias y fecundas para las madres de las almácigas. Luego venían los frutales, prendidos juvenilmente de flores como brisa cuajada. Duraznos, bergamotos, ciruelos, cerezos y toda la variedad de los manzanos de Samaria, desde los que llevan el fruto harinoso y ácido hasta los que dan las pomos de carne traslúcida como un alabastro de mieles.

Pues bien, ese campo maravilloso existe por y para el hombre. El narrador ha dado cumplida cuenta de lo que ha visto, los frutales, las abejas, pero sólo el hombre sufre. Las abejas, nos dice Miró, trabajan afanosamente, pero sin angustias.

El viejo José va contemplando sus campos de ensueño al mismo tiempo que piensa que todo está puesto al servicio del hombre para que tema más en su abundancia. 1919 Miró publica otra obra cumbre, El humo dormido. En ella no resucita violentamente el pasado, sino que éste se integra benévolamente en el presente, creando un presente continuado.

Para muchos críticos, El humo dormido es su obra maestra junto con los libros de secuencia. Aquí termina el espacio de acceso correspondiente a este jueves 10 de mayo. Con acceso, la Universidad Nacional de Educación a Distancia se despide también.

Hasta mañana a la misma hora y en las mismas emisoras. Buenas noches. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org